

Quando es hora de partir

Mateo Muñoz Uribe

Estudiante de Comunicación Audiovisual y Multimedial, me gusta recordar, y el color azul, mateo.munozu@udea.edu.co

Sentí una punzada de dolor recorrer mi cuerpo. Eran alrededor de las dos y cuarto de la madrugada. Desperté por unos segundos y sentí su piel rozando la mía. Estaba a mi lado. “Cómo amo que me abrace”, pensé mientras mis ojos se cerraban lentamente. Y con esa sensación, me sumí en el sueño más profundo que había experimentado jamás.

Desperté a eso de las ocho de la mañana. Los sábados eran mis días favoritos. Era el único en la semana en que Jorge no iba a la oficina. Pero para mi sorpresa, mi esposo no estaba en la cama. Ni en el baño. Ni en la cocina. Intenté llamarle varias veces, pero no atendía su teléfono. “Tal vez solo salió a caminar”, me dije, lo cual me pareció extraño, ya que encontré consuelo en aquellas palabras. Se sentía como si las suposiciones desaparecieran de mi vida. A mis 48 años, no recordaba haber sentido tanta certeza de algo. Si esta misma situación la hubiese vivido a mis veinte, la ansiedad me habría consumido y estaría tirado en el suelo de mi habitación llorando desconsoladamente, creyendo que él me había dejado solo. Pero no, esta vez, mi esposo sí fue a caminar un sábado por la mañana.

Preparé el desayuno, leí el capítulo del día y organicé nuestra biblioteca. Acomodé los libros en orden cronológico; los más antiguos en los estantes inferiores, los recientes, en la superficie. Todo esto con la intención de buscar una narrativa en donde era imposible encontrar una. ¿Cómo era que la forma de organizar unos libros en una posición determinada podía dar cuenta de una historia? Tal vez sí era posible. Todos los libros estaban acomodados de manera que pudiera ser consciente del momento y el tiempo específico en que él y yo habíamos pasado juntos. Por ejemplo: *Orgullo y prejuicio*, junto con los *Cuentos Completos de Edgar Allan Poe* y *Las novelas de Sherlock Holmes*, eran los libros que iniciaban la primera hilera. Siendo los primeros libros que compramos juntos y que me acompañaron en aquella noche

en que entre susurros le dije que lo amaba. Y así, había un montón de libros hasta llegar a *Otra vuelta de tuerca*, libro que recibí por mi cumpleaños el último septiembre.

Pasé un rato largo en aquella labor, y hablando de tiempo... es increíble cómo este pasa sin darte cuenta de él, pero, no en un sentido triste; más bien creo que se encuentra paz en no darse cuenta del tiempo. Simplemente me encontraba presente ahí, organizando libros, intentando no ser consciente de lo que se me había arrebatado. Aunque Jorge dice que siempre me he caracterizado por sufrir de una terrible “ternura nostálgica”, pues según él, anhelo y quiero de vuelta todo eso que ya se ha ido. Y yo le creo. Por eso es que cada que podía, acomodaba los libros, porque me recordaban cada uno de los 32 años que habíamos pasado juntos. Pero es contradictorio. ¿Cómo no podía ser consciente del tiempo, cuando en realidad me la pasaba haciendo cosas que me recordaban todas aquellas horas que he vivido?

Revisé nuestras fotografías, mis dibujos y sus manuscritos. ¿Por qué no llegaba aún a casa? No lo sabía. Pero preferí seguir haciendo cosas que distrajeran mi mente, que me mantuvieran en el presente. Me di cuenta de que era septiembre. Tal vez mi mes favorito, junto con octubre. “¿Qué día es hoy?”, me pregunté. Todo se sentía diferente, contradictorio. Tal vez estaba en un limbo.

Entre mis descuidos pueriles, llenos de nostalgia y pensamientos, llegó la tarde. Salí al jardín, a nuestra huerta, para conseguir un poco de menta y lavanda. El aire otoñal hizo que mi piel se erizara de inmediato. Se me cruzó un pensamiento, una voz dentro de mí que me dijo: “cuánto amo vivir”. Y era cierto. Pues todo lo que alguna vez había deseado lo tenía conmigo: un hogar con Jorge, una biblioteca repleta de libros y un jardín lleno de colores.

Regresé de nuevo a la casa y llamaron a la puerta. No esperaba visitas, por lo menos hasta donde yo recordaba. Y tengo muy buena memoria (si es que hay algo de cierto en mis recuerdos). Abrí la puerta y me encontré con una sorpresa, ¡mi abuela Nohemí estaba aquí! No la había visto hacía mucho tiempo, más del que quisiera. Ni siquiera recordaba la última vez que la abracé.

—¡Abuela!, ¿qué haces aquí? —Le pregunté mientras le daba un abrazo—. Pasa, pasa, entra para que charlemos.

Se sentía como si estuviese recibiendo un extraño en mi propia casa. Pero no era una extraña. A pesar de no estar presente físicamente, mi abuela me había acompañado la mayor parte de mi vida. Cuando nos sentamos en los muebles, vi que la menta y la lavanda que había recogido del jardín eran ahora hojas de eucalipto y flores de manzanilla. Pero no le di vueltas al asunto.

—Ha pasado tanto tiempo, abuelita. ¿Cómo supiste que esta era mi casa?, ¿y a qué se debe tu sorpresa?

—Bueno, hijo... es que tu esencia impregna todo. Fue fácil reconocerla y seguirla hasta este lugar. Y bueno, estoy aquí porque es septiembre, te encantan las visitas en esta época. Y he venido por ti.

Tenía razón. Amo septiembre.

—Es cierto, abuela, es septiembre. ¿Y por qué vienes por mí?

—Y Jorge no está, ¿verdad?— dijo mientras acariciaba mis manos, ignorando completamente la pregunta que le había hecho. Era tan dulce, tan tierna, tan ella.

Mi esfuerzo por calmarme era inmenso. ¿Por qué una simple pregunta de la cual tenía fe en su respuesta me ponía ansioso? Sentía como si llevara todo el peso de la casa en mi espalda.

—No, salió a correr esta mañana— dije, dudando de la respuesta.

—A correr, claro... Tal vez es tiempo de que lo veas, mi niño. Has vivido una buena vida. ¿No lo crees?

—Sí, creo que sí. Justo eso pensaba hace unas horas, mientras agarraba algunas hojas del jardín. Amo la vida que tengo.

La sala de estar quedó en un silencio absoluto, pero no fue un silencio perturbador, sino de los que acompañan y tranquilizan. Por fin podía tolerar un silencio. Había tanta paz en aquel lugar. Pero mi mente aún no comprendía por qué mi abuela había venido a visitarme después de tanto tiempo. ¿Acaso ella sabía algo que yo no? Una fiesta sorpresa por mi cumpleaños, tal vez, o simplemente quería abrazar a su nieto y despedirse por fin. No me atrevía a hacerle una pregunta más, en el fondo sabía que no obtendría respuestas. Por lo menos en ese momento.

—Creo que al fin podemos estar juntos, mijito—dijo mi abuela, de manera tan tranquila, que puedo decir que el silencio ni siquiera se alteró.

—Siempre lo hemos estado, abuela.

—Pero esta vez será diferente.

—¿Quieres ver la casa, abuelita?— interrumpí en un intento de descubrir la sensación que ese “*esta vez será diferente*” causaba en mí.

—Claro que sí.

El tiempo ahora se sentía extraño, denso pero suave. Las horas pasaban como segundos. Cuando llevé a la abuela a nuestra biblioteca, los libros estaban acomodados de una manera completamente diferente a la que lo había hecho. En realidad, no estaban acomodados. Se encontraban en el suelo.

—No entiendo, había acomodado los libros, pero están desordenados.

—¿Cuáles libros, hijo?— preguntó la abuela.

—Pues, esos que están en el suelo, tal vez Jorge...— Corté la oración, mientras señalaba el suelo, vacío.

—Yo no veo ningún libro— dijo mi abuela con una risita entre dientes.

Salimos un rato al jardín. Pero ahora era casi un bosque. Había flores y plantas nuevas, incluso árboles. Los libros, pinturas y fotografías estaban en el jardín. Todo era tan caótico, pero tan hermoso. Y la luna y el sol compartían el mismo cielo. “¿Acaso estoy soñando?”. Lo empezaba a comprender.

—Tienes que dejarlo ir, hijo. O debes ir con él.

—No puedo, abuela. Él no me ha dejado. Así que no tengo que ir a ninguna parte.

—Sabes que no está.

Un par de lágrimas recorrieron mi mejilla. Yo sabía que él había dormido conmigo, que había ido a correr aquel sábado en la mañana y que compartiría septiembre conmigo. Que no se había aparecido durante el día porque no quería molestarte, quería darme mi espacio. O tal vez nunca había ido a correr. Tal vez sí me había dejado.

—Tú tampoco estás. ¿Entonces por qué has venido?

—Vamos a tu habitación— dijo mi abuela, mientras me agarraba de la mano hasta las escaleras.

Subimos despacio. Los escalones eran de madera, pero también había uno de metal, el otro de pasto, piedra... Hasta que llegamos a mi habitación. La gama de colores que desprendía el pedacito de cielo que se veía desde mi ventana era maravillosa.

—¿Es esto real?— pregunté a la abuela.

—¿Soy yo real?— me respondió.

En mi cama había un hombre acostado. Podía sentir la dulzura de su ser. Alguien tan tierno, tan vulnerable. ¿Acaso sería capaz de comprender todo lo que sucedía a su alrededor?

—¿Ahora lo entiendes?— preguntó la abuela.

No sabía con exactitud a qué se refería.

—Acércate un poco. Y sentirás algo que solo se experimenta una vez en la vida. Es hora de partir—me dijo.

Me acerqué a mi propia cama, con cautela, como si fuera la habitación de un total desconocido. Cuando pude verle el rostro al hombre, noté que era yo. Todo este tiempo fui yo quien rozó su piel con la mía, quien calmó mi dolor y me trajo hasta aquí.

—¿Y Jorge? —pregunté a la abuela—. Siempre había pensado que él era quien me abrazaba en las noches.

—Sabes que él se fue primero que tú. Pero siempre te persiguió. Y ahora te espera.

Tal vez siempre lo supe. Pero traté de que fuera diferente. Despertando todos los días, engañándome a mí mismo, ordenando los libros, buscando una conexión. Construyendo un puente donde no debía. Extrañando lo que se me había arrebatado.

—¿Así que este es el final?— le pregunté a la abuela, mientras le sostenía la mirada.

—La muerte siempre ha sido una nueva vida, un comienzo. Solo que con otro nombre.

Y con esas palabras en mente, me abracé. Me entregué a mí mismo, en mi propia cama. Por primera y última vez, experimenté una compasión tan pura por mí mismo. Tan pura, que dolía en el pecho. Y fue ese dolor el que me ayudó a no existir.

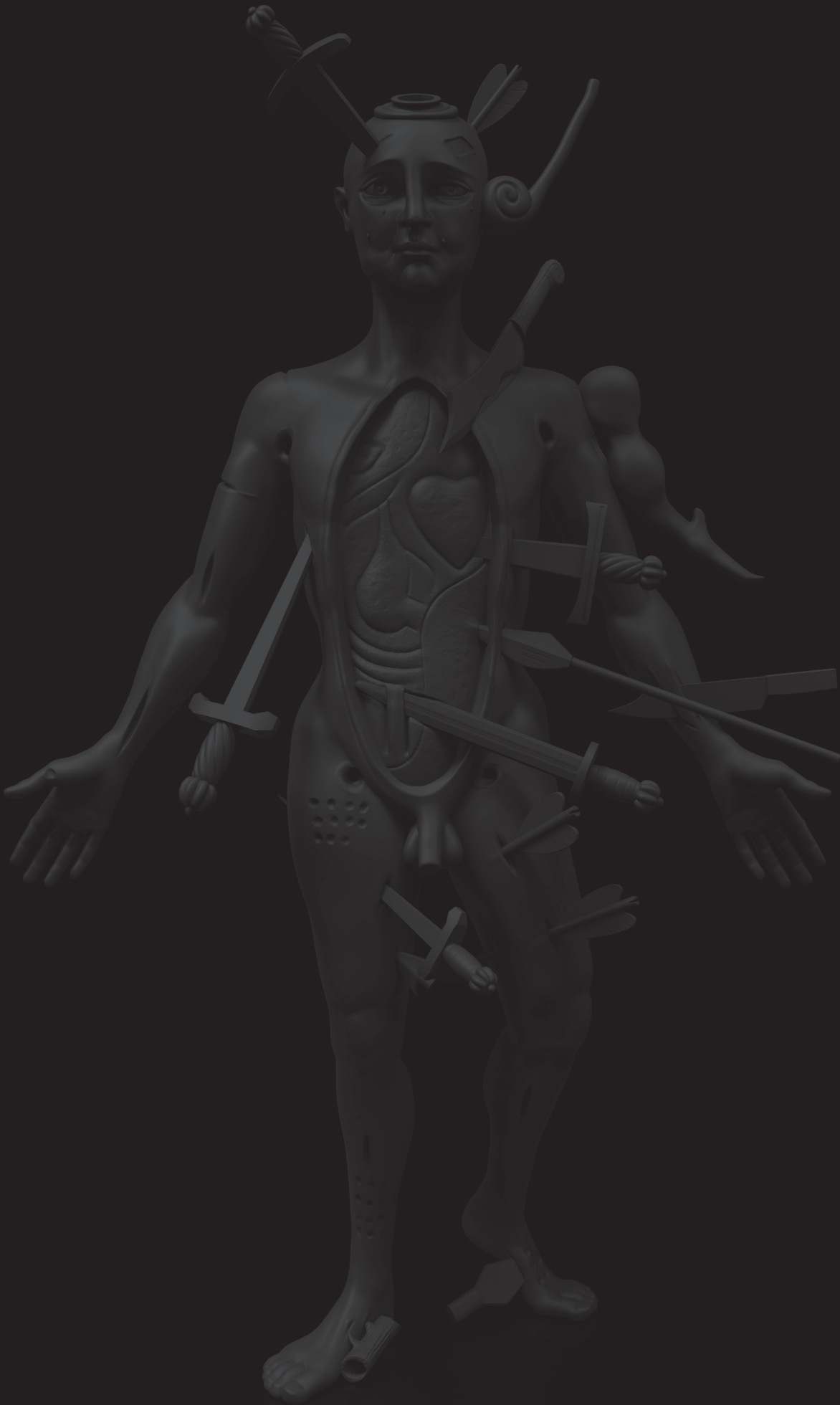
Desperté. Bajé a la cocina y me preparé un té. Los libros, las pinturas y las fotografías estaban en su lugar. La incertidumbre y la certeza no existían. Y no había necesidad de entender por qué el té que había preparado con manzanilla y eucalipto tenía sabor a menta y lavanda.

Salí al jardín y allí estaban los dos. Mi abuela y Jorge.

Nohemí había venido por mí. Y él me estaba esperando.

Y entendí que así debía ser.

Cuando ellos llegaron, fue mi hora de partir. 🕯



Carlos Motta / Wound Man, 2017
Based on an illustration in medieval surgical texts, 900-1450 / 3D print and spray paint
13.44 in x 8.4 in x 5.59 in / 34,1 x 21,3 x 14,1 cm
Cortésia Mor Charpentier, Bogotá/Paris